

Asesinatos en la noche

Siento una gran expectativa. Dentro de muy pocas horas, por fin conoceré al tío Gonzalo. Él es el hermano de mi papá y vive en un pueblo lejano ubicado a más de setecientos kilómetros de nuestro hogar. Mi hermano mayor tuvo el privilegio de conocerlo cuando era pequeño, pero el paso del tiempo ha borrado de su memoria aquel encuentro, quedándole sólo vagos recuerdos.

Si bien no lo dice, creo que mi padre también está muy emocionado. Imagino que en su interior, siente una gran necesidad de encontrarse con su pariente más cercano, ya que el resto de mi familia paterna ha fallecido en extrañas circunstancias, aunque en mi casa nunca se habla de ello.

La que noto que no está muy feliz con el viaje, es mi madre. Desconozco la razón, pero por algún motivo ella no desea visitar a su cuñado. Claramente se distingue que no lo aprecia demasiado, en mi interior me pregunto por qué, pero nunca tengo el valor de cuestionárselo frente a frente.

Por último, mi hermano está tan expectante como yo. Está ansioso por saber si el reencuentro le traerá a su memoria los días vividos junto a él, hace ya tantos años.

Luego de siete aburridas horas de viaje, por fin llegamos. Al ver el enorme castillo en el que vive él solo, pues nunca se casó ni formó familia alguna, me quedo realmente pasmada. Sabía que era adinerado, pero nunca pensé que tanto. Siempre imaginé que viviría en una lujosa mansión, pero nunca creí que lo hiciera en un castillo tan espectacular como éste.

Al ver arrimarse nuestro auto, él se asoma por la entrada, levantando su mano derecha a modo de afectuoso saludo.

Estacionamos a su lado, nos bajamos y los hermanos se funden en un fuerte abrazo. Al vernos, también nos abraza y besa cariñosamente sin dejar de decirnos

cuanto lo sorprende que estemos tan grandes, ya que aún recuerda cuando Diego era tan solo un niño, mientras que yo me encontraba en la panza de mi madre. Por supuesto, ella fue la menos efusiva al momento de saludarlo, sólo un frío beso en la mejilla. Gonzalo la observa a los ojos, notando su disgusto, pero no le da importancia. Me da la sensación de que no le sorprende su actitud.

Pronto, ingresamos a la vivienda. Subimos unas interminables escaleras. Siento una felicidad enorme cuando observo que él ha preparado tres habitaciones para nosotros cuatro, lo que quiere decir que no tendré que compartirla con mi hermano. ¡Mi dormitorio es todo para mí sola!.

-Acomoden sus cosas tranquilos, mientras, yo me encargaré de la cena. Siéntanse como en su propia casa- nos dice.

Es tanta la ansiedad que tengo, que sólo me toma un cuarto de hora colocar todas mis prendas en el armario, bajar las escaleras y llegar hasta la cocina. Al entrar, veo que está asando carne en el horno, mientras prepara una variedad de ensaladas.

-¿Quieres que te ayude en algo?- le digo sonriente.

-Claro, si ya has terminado de ubicar tus cosas en el cuarto. Si quieres, puedes ir lavando y cortando la lechuga y el tomate.

-Sí. ¿Hace mucho que tu vives aquí?.

-¿Qué? ¿No lo sabes?.

-No, ¿saber qué?.

-Este castillo lo heredó tu abuelo, o sea mi padre, después de haber fallecido. Como para ese entonces, Mario ya había formado familia y yo rodaba de un lugar a otro, acordamos que podría vivir aquí. Creo que por ello tu madre nunca me quiso, ella decía que lo mejor era venderlo y dividir las ganancias. Imagino que desde el momento en que se enteró de la herencia recibida, soñó con vivir en un hogar más lujoso. Pero el acuerdo

era entre hermanos y no la involucraba, ella no tenía por qué opinar en un tema que no le incumbía.

-Sí, creo que tienes razón. Mi papá siempre tuvo un buen empleo y vivimos cómodamente, creo que pedir más es engolosinarse. Sólo es que me queda una duda, ¿tú no eres millonario? Porque si es así, ¿por qué dices que rodabas de un lugar a otro?

-Porque antes no lo era. Mi vida cambió a partir de que me mudé aquí. En el castillo hallé muchos objetos antiguos de oro que decidí vender para crear mi propia empresa, la cual comenzó a crecer a pasos agigantados, convirtiéndome en millonario en tan solo un par de años.

-Ya entiendo. Tal vez por eso, también te odie mi mamá. Tal vez pensó que nos correspondería la mitad de todas esas cosas que tu vendiste. Pero no te preocupes, te entiendo. Es justo que si nosotros estábamos bien y tú no, se te diera la oportunidad de encarrilar tu vida hacia un bienestar mejor.

-¿Qué edad tienes, querida?

-Catorce, dentro de cinco meses cumpliré los quince. ¿Por qué? ¿Qué tiene que ver ello con lo que estamos hablando?- pregunto intrigada, a la vez que termino de preparar la ensalada.

-Porque hablas como si fueras adulta. Eres razonable y tienes ideas muy claras. Me enorgulleces como sobrina.

Al oír sus palabras, sonríó tímidamente. Nunca me habían dicho algo semejante.

Inmediatamente, Diego y mis padres bajan por las escaleras. Entre los cinco, pronto armamos la mesa y nos disponemos a cenar. Con mi tío nos miramos cómplicemente sin que nadie lo note. Siento que luego de aquel cruce de opiniones, nos hemos unido más que nunca, aunque luego, el destino demuestre lo contrario.

Aquella noche, luego de disfrutar el exquisito menú, todos nos fuimos a dormir temprano, pues estábamos exhaustos por la expectativa vivida.

De pronto, un grito horripilante nos despierta en medio de la madrugada. Al oírlo, me levanto sobresaltada y de un brinco quedo parada frente a mi puerta, la abro rápidamente y comienzo a mirar para todos lados. En ese preciso momento, oigo que mi padre grita desde su habitación:

-¡Ayúdenme, ayúdenme! ¡Por favor, que alguien venga!

Veo que mi tío corre delante de mí y la escena que observa al llegar al cuarto lo hace retroceder. Yo lo sigo. Me asomo apenas por la puerta y veo a mi madre tendida en el suelo bañada en sangre.

Me quedo inmóvil, no logro reaccionar. En eso, mi tío me toma por detrás, me tapa los ojos con sus manos y me dice:

-¡No mires, no mires! Por favor, ve a tu habitación.

Y es ahí cuando rompo en llanto, tomando conciencia de lo ocurrido en medio de una crisis de nervios.

A la mañana, nos invaden miles de policías e investigadores que nos apabullan con preguntas. No se convencen del hecho de que nadie oyó nada. No logran entender que era de madrugada y, por lo tanto, los cinco estábamos completamente dormidos.

-¿No lo entiende, oficial?- increpa mi padre a un uniformado –Yo estaba muy dormido, pues estaba cansado del viaje. Imagino que ella también estaría dormida al momento de ser asesinada, por ello no alcanzó a gritar. Yo despierto al sentir un fuerte golpe en el piso, lo que imagino que fue su cuerpo desplomándose.

-Está bien, no se preocupe. Ninguno de ustedes quedará demorado, pero tampoco podrán evitar que los investiguemos, así como que inspeccionemos el lugar. Deben obedecer si desean que resolvamos el crimen.

-Por supuesto- contestan al unísono los hermanos.

Durante todo el día tuvimos que soportar que los oficiales hurguen en nuestras cosas y nos traten desconfiadamente. Fue algo realmente tedioso. Inevitablemente, mi tío resultaba ser el principal sospechoso por la poca simpatía que se sentían mutuamente con mi madre.

Recuerdo que cuando se hizo de noche, apenas probamos bocado y nos fuimos a dormir. La jornada resultó ser de lo más espantosa y nos dejó agotados.

Al amanecer, mi hermano, mi tío y yo nos encontramos en la cocina desayunando. Entre los tres comentamos lo raro que nos resulta que nuestro padre aún no se haya levantado.

-Tal vez esté despierto, pero no debe sentir ganas de estar con nadie. Comprendan que él amaba mucho a su madre y, por lo tanto, está muy dolorido con lo ocurrido- nos dice Gonzalo.

-¿Y crees que nosotros no sentimos nada? ¡Por Dios, era nuestra madre!- lo increpa Diego.

-Nadie dice lo contrario. Perdón si te ofendí. Es que ustedes son jóvenes y a su edad se sobrellevan mejor situaciones como éstas. Cuando uno es grande, hay ciertas cosas que no las alcanza a digerir nunca. Igual, iré a despertar a su padre y lo convenceré para que permanezca junto a ustedes. Ya perdieron a una madre, ahora no pueden perderlo a él.

Y se retira, subiendo por las escaleras hacia el dormitorio. Claramente, con mi hermano escuchamos el sonido de la puerta que se abre e, inmediatamente, un aterrador “¡¡Mario!!”.

Asustados, subimos para ver lo ocurrido. Al vernos, mi tío nos detiene.

-No se acerquen, no se acerquen. ¡Está muerto!.

Mi hermano no le obedece y corre hasta lograr quedar parado frente a la puerta. La escena que observa lo hace estallar en una crisis de nervios. Por mi parte, sólo grito repetidamente “¡No, no!”, pero permaneciendo a un lado. La imagen de mi madre bañada en sangre es un recuerdo que nunca me lo podré borrar de la mente, por lo que no deseo recordar a mi padre de igual forma.

Entre llantos, con Gonzalo intentamos calmar a Diego. La curiosidad es más fuerte que yo y no logro evitar preguntarles qué le sucedió a mi padre.

-Es horrible, está tendido en la cama todo ensangrentado. ¡Lo mismo que a tu mamá!. Sólo que él no tuvo oportunidad de moverse. Se aseguraron de dejarlo bien muerto en la cama para que no hiciera ruido- me cuenta mi tío con la voz entrecortada.

-¿Y ahora que haremos? Tío, temo que si llamamos a la policía te lleven preso y nos quedemos solos. ¡Por favor, no vayas! ¡Tengo mucho miedo!.

-Linda, yo pensé lo mismo. Pero, por otra parte, también quiero saber quien mató a mi hermano.

-¿Y cómo sabemos que no fuiste tú?- lo cuestiona Diego.

-¡¿Qué dices?!. ¡Yo amaba a Mario, es mi hermano!. ¿Cómo puedes sospechar de mí?. Te juro que no fui yo y te lo demostraría, pero no sé cómo.

-Yo sí- interrumpo. -¿No se dan cuenta de lo que ocurre? Alguien nos está matando uno a uno. ¿Acaso cuando Gonzalo aparezca muerto te convencerás?- le interrogo a mi hermano.

-Es cierto- dice asombrado mi tío. -Tengo una idea. Por ahora no iremos a la policía. Esta noche prepararemos abundante café y ambos nos quedaremos despiertos. Laura, tú por ser la más pequeña tendrás derecho a dormir, por cualquier cosa deberás permanecer bien despierta cuando amanezca, ya que Diego y yo estaremos muy cansados. Los tres nos acostaremos en mi habitación, así podremos atrapar al asesino. No soy un hombre

violento y nunca me gustó la cacería, así que no poseo armas. Pero debemos equiparnos con cuchillos, en el supuesto caso que debamos defendernos.

-Está bien- contestamos al unísono.

En el día nos ocupamos de ocultar el cadáver de mi padre en un patio interior, semi-cubierto, que se halla a continuación de la cocina. Me da pena dejarlo ahí tendido, envuelto en grandes lonas de color azul oscuro, como si fuese una cosa cualquiera. Pero sé que es necesario para que podamos sobrevivir.

Luego, mientras Gonzalo y Diego ultiman los detalles de nuestro plan, yo preparo litros y litros de café que ellos deben consumir para permanecer despiertos. Para ello, hemos comprado en el pueblo una docena de termos, con el fin de poder conservarlo siempre caliente.

Pronto, se hizo de noche. Los tres nos acomodamos en la cama king-size de mi tío. Yo apenas dormito, la escalofriante situación y el nerviosismo vivido desde que llegamos aquí, no me permiten descansar completamente. Aburrida de dar vueltas en la cama, me siento en ella con el fin de comentarles que no logro pegar un ojo. Giro la cabeza y lo veo a mi tío completamente dormido y a mi hermano muerto. Alguien cortó su cuello de donde aún brota la sangre.

-¡Tío, tío!. ¡Te quedaste dormido!- grito desesperada zamarreándolo, a la vez que no puedo quitar la vista del cadáver de Diego.

Pronto, él se despabila y, al ver lo ocurrido, se asusta pegando un brinco de la cama y quedando de pie a mi derecha.

-¡No puede ser, no puede ser!. Me tomé como dos litros de café ¿Cómo pude quedarme dormido?. Dios mío, ¿qué haremos?. Seguimos tú o yo- me dice terriblemente desesperado.

-No, seguirás tú. El somnífero que había en el café te hizo dormir- le digo a la vez que, de un certero golpe, clavo el puñal en su estómago.

-¿Por qué?- alcanza a preguntarme ya sin aliento.

-Porque más si no lo es por la herencia. Deberías estar orgulloso de mí. Seguí tus mismos pasos y me quedé con todo.

No sé si alcanzo a oírme, pues pronto se desplomó mortalmente.

Liza Tomci